

**Reconocer al tentador y apoyarse en la grandeza de Dios**  
**(I domingo de Cuaresma - A) - 22 de febrero de 2026**  
**(Gn 2, 7-9; 3, 1-7a; Rm 5, 12-19; Mt 4, 1-11)**



En este primer domingo de Cuaresma, la Iglesia nos hace oír dos relatos que se responden: la tentación de Adán y Eva en el jardín, y la tentación de Jesús en el desierto. Estas dos historias hablan de nosotros. Hablan de nuestra fragilidad, de nuestras luchas interiores, pero también -y sobre todo- de la fidelidad de Dios.

El libro del Génesis nos recuerda que el ser humano está hecho de "polvo del suelo". Esto quiere decir: somos frágiles, vulnerables, limitados. Pero Dios no se detiene ante nuestra fragilidad. Nos forma con sus manos. Sopla en nosotros la vida. Nos da una dignidad inmensa: vivimos de su aliento. Mientras estemos en contacto con Él, vivimos en la luz, en la paz y en la verdad.

Luego viene la serpiente. Habla, argumenta, tranquiliza, promete. No empuja directamente al mal: desvía, seduce, mezcla lo verdadero y lo falso. Dijo al hombre: "Serás como Dios." Pero el conocimiento no es malo. Lo que es malo es querer vivir sin Dios, decidir solo lo que está bien o mal, cortar el vínculo vital con Aquel que nos ha dado su aliento. El resultado? El hombre no se vuelve como Dios. Solo descubre su desnudez, su fragilidad. Se siente separado, perdido.

Uno podría preguntarse: "¿Por qué Adán y Eva no mueren de inmediato?"

Porque Dios es misericordia. No quita el aliento. No deja al hombre solo. Él sigue acompañándola, incluso en las consecuencias de su culpa. El mensaje profundo del relato no es el castigo, sino la fidelidad de Dios a pesar de nuestras infidelidades.

En el Evangelio, Jesús es conducido por el Espíritu al desierto. No es abandonado. Es acompañado. Y allí se enfrenta a tres tentaciones que son también las nuestras: Controlarse todo uno mismo. Convertir las piedras en pan: es la tentación de arreglárselas sin Dios, de manejar todo solo. Jesús responde: "El hombre no vive sólo de pan." Él elige permanecer dependiente del Padre.

Obligar a Dios a actuar. Arrojar desde lo alto del Templo: es la tentación de manipular a Dios, de imponerle nuestros planes. Jesús rechaza: no se pone a prueba a Dios.

Poder, gloria, facilidad. Recibir todos los reinos del mundo: es la tentación de elegir el éxito sin la cruz, la gloria sin la fidelidad. Jesús responde: "Adorarás al Señor tu Dios." Cada vez, Jesús permanece unido al Padre. No se deja dividir, seducir o desviar.

Se podría pensar que Jesús triunfa con su fuerza. Pero el texto insiste: es el Espíritu quien lo guía, quien lo ilumina, quien lo sostiene. Jesús no es un superhéroe espiritual. Él es el hombre que se deja guiar por Dios. Y esto es lo que nos muestra: no podemos vencer solos. Pero con el Espíritu, podemos resistir.

También nosotros nos encontramos: el diablo, que divide nuestro corazón, el tentador, que nos engaña suavemente, Satanás, que quiere alejarnos de Dios. Estas voces no son espectaculares. Son sutiles, razonables, seductoras. A veces se parecen a nuestros propios pensamientos.

Entonces, ¿cómo discernir? ¿Cómo ser fieles? La respuesta es sencilla: permaneciendo cerca de Dios, dejando que el Espíritu nos acompañe, volviendo sin cesar a la Palabra.



La Cuaresma no es un tiempo de miedo. Es un tiempo de verdad. Un tiempo para reconocer nuestras fragilidades, pero también para redescubrir la fuerza de Dios. No estamos solos. No estamos abandonados. El mismo Espíritu que acompañó a Jesús nos acompaña hoy. Entonces pidamos al Señor: Danos tu Espíritu, para que reconozcamos al tentador, para que sigamos siendo fieles y caminemos hacia la Pascua con un corazón libre.

Amen.

Willi SELMAN, *smm*